

Ejercicios espirituales En un contexto de cambios Y predominio de la imagen

Leopoldo Galdámez Lara, s.j.

Vivimos un cambio de época

Es generalizada la percepción de que vivimos tiempos de cambios. Y ciertamente, desde hace varios años se han venido produciendo acontecimientos que han ido marcando un cambio de época. Algunos lo formulan de una manera, otros lo formulan de otra; pero cada uno, a su modo, es consciente de que algo está ocurriendo en los tiempos que nos toca vivir.

Desde una perspectiva eclesial y pastoral, esta percepción propicia generalmente dos tipos de actitudes. Aquella en la que nos quedamos de brazos cruzados o nos aferrados a “lo de siempre”, a lo tradicional, a aquello que nos da estabilidad y seguridad; a lo que de ninguna manera pueda representar un “peligro”, nos cuestione, nos mueva el terreno que pisamos. Aquí no cabe nada que nos desestabilice o nos haga tambalearnos. Pero, ¿es ésta la auténtica actitud de un cristiano frente a la historia, siempre tan cambiante y en continuo avance? ¿Es ésta la actitud que se debe tomar ante la realidad y sus retos? La otra actitud es la de aprovechar esta situación de cambio para buscar formas nuevas de vivir nuestra fe; para dar rienda suelta a la creatividad y tratar de adaptar el mensaje evangélico a nuestras propias circunstancias, con sus necesidades concretas. Esta segunda actitud hace que los métodos y técnicas de pastoral avancen, respondiendo de manera más efectiva a las interrogantes y búsquedas de las personas. Pero también,

debemos reconocer, puede prestarse para abusos que, quizás, con buena intención, a la larga llegan a producir daño.

Pero bien, no me toca a mí juzgar tales reacciones o actitudes. Sólo quiero constatar el hecho de que ante la percepción o experiencia de vivir en un período de cambios, reaccionamos de diferentes maneras. Sin embargo, no somos los primeros ni los únicos que vivimos esta experiencia. Ya antes que nosotros, muchos hombres y mujeres han vivido tiempos parecidos a los nuestros. Tiempos de transición, de cambio, o como quiera llamárseles. La historia nos muestra muchos períodos de cambios fundamentales y acelerados. Y en todos ellos hubo hombres y mujeres que respondieron con apertura y creatividad, haciendo aportes significativos.

Uno de estos hombres que vivió “tiempos de cambio” fue san Ignacio de Loyola. Qué duda cabe que el complejo siglo XVI fue una época de cambios fundamentales en todos los órdenes; cambios que definieron el rumbo de la cultura, de la sociedad, de la Iglesia, etc. Probablemente este hombre vasco tuvo la misma sensación que tenemos hoy nosotros; las mismas inquietudes y preguntas. Y con una sorprendente apertura y docilidad a la acción del Espíritu, en su propia vida y en la historia, hizo una invaluable contribución a la sociedad y a la Iglesia. Su principal legado, los Ejercicios Espirituales, nacen precisamente en un contexto general de cambios y en una búsqueda personal.

Efectivamente, los Ejercicios Espirituales nacen en un contexto de búsqueda y cambios, a nivel personal, de aquel hombre que ha sido tocado por Dios; una búsqueda y unos cambios que le llevarán a autodefinirse como “el Peregrino”. Y en un contexto de búsqueda y cambios de una sociedad que sale del largo período medieval y se abre a la Modernidad. En este contexto personal y social de cambios profundos nacen los Ejercicios Espirituales, como un don de Dios, un instrumento que ayudó a muchos hombres que, quizás, igualmente que Ignacio, se encontraban en búsqueda personal, o al menos, vivían con inquietud los cambios que se estaban produciendo en su medio. Así, aquello que empezó como unos sencillos

“apuntes” de su propia experiencia para ayudar a otras personas, con una sorprendente creatividad, san Ignacio llegó a convertirlos en un instrumento que cambiaría la vida de muchos de sus contemporáneos y les llevaría a situarse en una posición de incidencia positiva en el momento histórico que vivían.

Cabe entonces preguntarnos, ¿Qué tenían los Ejercicios que causaban efectos sorprendentes en las personas que los vivían? Indudablemente, la experiencia misma de Dios. Pero una experiencia de Dios mediada por un método genialmente utilizado, en el que la rigurosidad metódica era acompañada de elementos que tocaban las fibras más profundas del sujeto que los vivía. Entre estos elementos juegan un papel indispensable la simbología y las imágenes de su tiempo. Una simbología y unas imágenes que, cuidadosamente seleccionadas y utilizadas en el momento propicio, ayudan pedagógicamente a desencadenar un proceso que conduce a opciones radicales en quien vive esta experiencia.

En nuestro tiempo, donde la imagen y los símbolos juegan un papel fundamental en la vida de las personas, los Ejercicios Espirituales recobran su actualidad y eficacia. En efecto, parte importante de estos tiempos de cambios es el mundo de la imagen y del lenguaje simbólico en el que viven inmersas las personas. La imagen, especialmente, es parte indispensable de la vida de las personas de hoy, de modo particular de los jóvenes. En este contexto los Ejercicios recobran su fuerza original si tenemos la capacidad de utilizar adecuadamente la imagen y los símbolos de nuestro tiempo. ¿Cómo lograrlo? Para ello, es necesario remontarnos a los tiempos de san Ignacio e intentar adentrarnos en su universo simbólico. Comprendiendo la fuerza que tienen en su tiempo las imágenes y los símbolos utilizados en los Ejercicios, podremos buscar las imágenes y los símbolos apropiados hoy.

Universo simbólico de san Ignacio

Adentrarnos en un estudio minucioso del mundo de san Ignacio y de su universo simbólico, sería materia de todo un tra-

bajo de investigación, necesario, por lo demás, para una mayor profundización en la espiritualidad de los Ejercicios; pero éso nos llevaría a una exposición demasiado extensa. Ya abundan los estudios, sobre el mundo en que vivió y la educación que recibió Iñigo López de Loyola (nombre original de san Ignacio) que arrojan importantes luces sobre esta cuestión. Lo que aquí pretendo es sencillamente situar la experiencia espiritual ignaciana en un lugar y en un tiempo concretos, y destacar lo que esto significa: la experiencia espiritual es interpretada y transmitida desde unas categorías particulares; así, el lenguaje y las imágenes utilizados en el libro de los Ejercicios Espirituales son los propios del mundo y de la época de su autor. Tener en cuenta esto, nos permite captar mejor la riqueza y profundidad que hay en el lenguaje y las imágenes utilizadas en los Ejercicios.

San Ignacio vive su experiencia de Dios en un tiempo y en un contexto particular: la primera mitad del siglo XVI español y su ambiente cortesano. Este contexto es heredero de una cultura y una mentalidad medieval, con unos códigos y categorías de pensamiento específicos. Y transmite dicha experiencia espiritual utilizando los recursos que tiene a su disposición: un imaginario simbólico y unas categorías interpretativas de la realidad propias de esta época. De ahí que el imaginario religioso que aparece en los Ejercicios haya que situarlo en ese contexto concreto. Por ello, es importante tener presente los rasgos que definen y caracterizan esta época histórica, tanto a nivel socio-cultural y económico, como político y religioso; asimismo, debemos tener en cuenta el ambiente particular que forjó la personalidad de san Ignacio.

En este sentido, lo primero que debemos considerar es que san Ignacio crece y forja su personalidad en una visión del mundo y en una sensibilidad *“que refleja todavía la luz que alumbró el mundo medieval. Los simbolismos se exasperan y se desbordan en representaciones expresivas de la forma de entender la vida que ofrece la fe popular. En esos símbolos se quiere dar sentido a las vivencias, temores y esperanzas de una humanidad que despierta, o sueña, o sueña despierta una ‘vida nueva’.* Conviene recordar ese contexto cultural para

llegar a una primera comprensión de los aspectos formales del texto ignaciano que reduzcan la distancia que nos puede separar de él¹.

Y en el amplio contexto de la primera mitad del siglo XVI español, debemos situar el ambiente específico en el que creció y se educó; el nivel social al que pertenecía y del cual in-troyecta sus valores². A la herencia familiar y a la conciencia de su estirpe, probablemente muy arraigada desde su tierna infancia³, debemos agregar el hecho de que siendo muy joven es enviado a la casa de don Juan Velásquez de Cuéllar, Contador Mayor del rey, e introducido en un ambiente cortesano donde vivió muchos años de su vida. Sin duda estos años que vivió en Castilla influyeron enormemente en el futuro, pues aproximadamente desde los doce a los veintiséis años su vida, se movió en este ambiente; y según la psicología evolutiva esos años son decisivos en la formación de un individuo y, por tanto, punto de referencia obligado a la hora de tratar la vida y el mundo interior de una persona. En este contexto cortesano pues, se va forjando una personalidad, con todos los grandes y pequeños detalles, con los códigos y valores propios.

De ahí la importancia de penetrar en la cotidianidad que va formando a un individuo. Por ejemplo, conocer el ambiente cortesano de la época; la convivencia de Iñigo con la familia Velásquez de Cuéllar, su trato filial con don Juan y doña María,

1 Joaquín LOSADA; *El contenido teológico de la meditación de dos banderas, combate espiritual y combate escatológico*; Manresa; vol. 58; Madrid, 1986; p.43.

2 Jorge CENTELLES V; *Valor social de "Dos Banderas"*; Manresa; vol. 56; Azpeitia-Guipuscoa, 1984; pp. 60-61.

3 Sobre la influencia del entorno familiar sobre Iñigo de Loyola, Ignacio Tellechea afirma: "Un niño vive en el presente envolvente y le cuesta trabajo concebir un pasado inmediato en el que él no existía. La vivencia del tiempo y de su curso la adquiere directamente ahondando en el pasado familiar, en la inserción en su propia estirpe, en la identificación progresiva de un nosotros. El linaje, y no precisamente por ser de alto rango, tiene enorme importancia entre los vascos; dentro de él, la familia inmediata, compuesta por dos o tres generaciones, es como su compendio" (José Ignacio TELLECHEA; *Solo y a pie*; Sígueme; Salamanca, 1990; p. 44).

la compañía con sus hijos, su educación con sus preceptores y capellanes, sus servicios al Rey Católico, sus ejercicios de armas, caballos y torneos, así como sus lecturas preferidas. Allí podremos encontrar el germen de algunas de las actividades de la vida posterior del santo y el origen de algunas de sus aficiones, y hasta ciertos elementos de algunos de sus escritos.

Efectivamente, de estos largos años y de este ambiente cortesano, Iñigo no sólo se llevó una educación, unos modales y un prestigio, sino también todo un imaginario simbólico, unos códigos caballerescos y unos valores e ideales cortesanos, desde los cuales vería y comprendería el mundo de allí en adelante. Ignacio Tellechea, uno de los estudiosos más importantes de la vida de san Ignacio en los últimos tiempos, después de describir con detalles el ambiente cortesano en el que Iñigo de Loyola vivió estos años, sintetiza así la herencia que éste se llevaría al marcharse de aquí: *“De Arévalo salió con dos caballos y algunos escudos por todo beneficio. Rotas sus esperanzas cortesanas, no le quedaba sino el camino de la milicia o del servicio. Pero le quedaban prendidos en el alma y en el cuerpo los finos usos cortesanos, un aire distinguido y pulido, que nunca lograría disimular, ni disfrazándose con andrajos; unos modales y unas bellas manos que recordarían todavía a fin de siglo unas mujeres catalanas. Le quedaba también una arraigada capacidad de ensoñación, de ser más, de concebir ideales magnánimos”*⁴. En fin, un personalidad, una estructura psíquica y ética que marcarían su forma de actuar en la vida y en la sociedad.

Una estructura personal y un modo de ver el mundo que en su conversión, no solamente no fueron anulados sino que se reorientaron, estimulados por la lectura del *Flos Sanctorum* que con su “galería de héroes y heroínas de la virtud”, repartidos por tierras y situaciones tan variadas, y aún recargados en alguna ocasión con extravagantes episodios y aventuras caballerescas, había de servir de excelente instrumento para resituar a

4 J. I. TELLECHEA; p. 64.

lñigo en las lamentables condiciones en las que se encontraba en la segunda mitad de 1521.

En definitiva, todo el bagaje cultural y religioso del reino castellano del siglo XVI, toda la herencia recibida en una educación cortesana, todo el universo de valores, códigos y símbolos propios de esta época y de este mundo, subyace como telón de fondo en la experiencia espiritual de san Ignacio y, lógicamente, en el libro de los Ejercicios. Este es un dato a tener en cuenta para captar el profundo significado de muchos elementos e imágenes que aparecen en las meditaciones de los Ejercicios.

El lenguaje simbólico en los Ejercicios

El lenguaje simbólico es sin duda la forma más común, y quizás más adecuada, para expresar y transmitir una experiencia religiosa⁵. Esto lo constatamos con facilidad en los místicos cristianos, quienes, mediante el uso de símbolos e imágenes, intentan comunicar su experiencia de encuentro con Dios; intentan describir la inefabilidad de su experiencia espiritual. Así la experiencia de encuentro con Dios pretende ser comunicada con un lenguaje particular, marcado por formas simbólicas diversas y por la tendencia a llevar el sentido primero de las palabras hasta el límite de su capacidad significativa. Es una utilización particular del lenguaje con el propósito de comunicar una experiencia⁶. Son innumerables los ejemplos que encontramos en la historia de la espiritualidad cristiana, especialmente en los místicos, de este esfuerzo por comunicar las más profundas experiencias internas por medio de un lenguaje simbólico. San Ignacio de Loyola no es la excepción, sino que se sitúa en la tradición espiritual y asume sus características: su experiencia espiritual está marcada por una serie de acciones simbólicas y la transmisión de ésta, es realizada con un uso magistral del lenguaje figurado.

5 José Ramón BUSTO; *Sobre parábolas y ejemplos*; Manresa; Vol. 67; Madrid, 1995; p. 115.

6 Cf. Juan MARTÍN VELASCO; *El fenómeno místico*; Trotta; Madrid, 1999; pp. 52-54.

En efecto, san Ignacio vive e interpreta su experiencia de Dios desde su propio contexto socio-religioso y cultural; desde unas categorías de pensamiento propias de su entorno y de su tiempo; desde un universo simbólico en el que ha formado su estructura psicológica y su personalidad. Las acciones que realiza y el lenguaje que utiliza pueden comprenderse mejor desde dicho universo simbólico. Por ejemplo, la vela de armas en Montserrat ante el altar de la Moreneta⁷ adquiere, dentro del proceso espiritual de san Ignacio, un significado especial y sólo se comprende en su profundidad tomando en cuenta sus orígenes psicológico-educativos y religioso-culturales, el mundo cortesano en el que vivió largo tiempo al servicio de don Juan Velásquez de Cuéllar, los valores y la mentalidad caballeresca de la época. De igual manera, otras acciones y, sobre todo, actitudes que se observan en los primeros tiempos después de su conversión, están marcados por el código caballeresco y los valores del mundo en el que hasta ahora había vivido. Así, el camino espiritual de san Ignacio está marcado por un proceso de transformación interior que José García de Castro denomina “proceso de simplificación”, en el que puede verse con claridad el peso que tiene el código de valores del mundo en el que había transcurrido su vida⁸.

Por otra parte, de la misma manera que su experiencia de Dios está acompañada de acciones simbólicas, al recoger y plasmar dicha experiencia en el libro de los Ejercicios Espirituales, san Ignacio utiliza de manera deliberada y magistral, el lenguaje figurado y una serie de imágenes para expresar mejor la profundidad y el alcance de ésta. De ahí que encontremos en el texto de los Ejercicios un uso amplio y rico de este tipo de lenguaje. Desde el mismo comienzo, cuando el autor define qué son los Ejercicios, lo hace utilizando una comparación⁹. Luego,

7 Autobiografía, n. 18.

8 Cf. JOSÉ GARCÍA DE CASTRO; *El Dios Emergente*; Manresa-Sal Terrae; Bilbao-Santander, 2001; pp. 220-239.

9 Ejercicios Espirituales, n. 1.

el desarrollo de las diferentes meditaciones y contemplaciones, así como la exposición de su sistema de discernimiento, está acompañado de un uso amplio del lenguaje simbólico.

Pero el uso de este tipo de lenguaje en los Ejercicios, no pretende sólo transmitir una experiencia espiritual, sino que también es utilizado con un carácter instrumental. Las imágenes y el lenguaje simbólico es también un recurso metodológico que facilita el camino a aquellos que se adentran en esta experiencia espiritual; es un recurso pedagógico efectivo que ayuda al ejercitante en su experiencia de encuentro con Dios. Uno de los ejemplos claros del uso del lenguaje simbólico, y del fin con el que se utiliza dicho lenguaje, lo encontramos en algunas meditaciones presentadas en forma de parábola (El Rey Eterno, Dos Banderas y Tres Binarios) o las comparaciones que el autor hace en las Reglas de discernimiento (la mujer, el vano enamorado y el estratega militar¹⁰).

Es significativo que san Ignacio utilice el lenguaje figurado de manera particular en meditaciones consideradas clave en el proceso de los Ejercicios; lo cual nos muestra el carácter instrumental que éste tiene, ya que, dada la importancia y profundidad de estas meditaciones, el lenguaje y las imágenes utilizadas pretenden mantener la atención del ejercitante orientada en una dirección determinada e implicar toda su persona en las opciones que va haciendo. Lógicamente, dicho lenguaje e imágenes pertenecen al universo simbólico de san Ignacio, pero utilizado selectiva y creativamente con un fin concreto; para ello hay una reorientación de dicho lenguaje. Así, por ejemplo, en la meditación del Rey Eterno, *“Ignacio fusiona dos horizontes hermenéuticos: el ‘código ético medieval de la Caballería andante’ y el propiamente ‘cristológico’.* Pero no conviene subrayar en exceso el aspecto caballeresco, porque para el momento en que Ignacio redacta este ejercicio ya ha traspuesto su ideal humano (las reglas de juego de la Caballería y su comprensión ética de la fidelidad) al plano de la santidad y a la emulación de

¹⁰ Ejercicios Espirituales, nn. 325-327.

los 'trabajos' de los santos, caballeros de Dios. Nos hallamos, pues, en un plano sustancialmente diferente, teológico y más elevado: el de la fe e intuición espiritual acerca de la función que la vida de Jesús, muerto y resucitado, desempeña en la historia de salvación"¹¹.

Como vemos, los símbolos y las imágenes son las propias de su tiempo; están tomadas de un universo simbólico que es familiar, pero que son reorientadas en la dirección que los Ejercicios pretenden llevar a aquellos que se adentran en esta experiencia. Teniendo en cuenta esto, es importante destacar y tener presente que el uso del lenguaje y las imágenes en el texto de los Ejercicios, tienen una función instrumental, pedagógica, ya que, a través de su uso, el ejercitante es ayudado a implicar toda su persona en el proceso espiritual, a sentirse involucrado y afectado por la llamada de Dios, a tomar opciones vitales y radicales.

Uso de parábolas en el proceso espiritual de los Ejercicios

Acabamos de afirmar que un ejemplo concreto del modo creativo en que san Ignacio utiliza las imágenes y el lenguaje simbólico son las parábolas que encontramos en la Segunda Semana de los Ejercicios (El Rey Eternal, Dos Banderas y Tres Binarios). Efectivamente, una parábola es colocada como pórtico de esta Semana y las otras dos están situadas en un momento clave del proceso que está viviendo el ejercitante.

El género literario que llamamos "parábola" es una narración que, mediante el uso magistral del lenguaje simbólico, transmite un mensaje concreto a su destinatario; pero este mensaje hay que descubrirlo más allá de lo que a simple vista dice el relato y para ello, el oyente debe estar atento y dejarse envolver por la historia; lo cual no resulta difícil pues la misma parábola cuenta con una serie de elementos que facilitan esto.

11 Santiago ARZUBIALDE; *Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Historia y análisis*; Mensajero-Sal Terrae; Bilbao-Santander, 1991; p. 222.

De ahí que su destinatario no es un receptor pasivo, sino un sujeto activo en cuyo interior se desencadenan unos dinamis-mos que le llevan a involucrarse afectivamente en la narración, a tomar partido, a hacer opciones. Pero también, la parábola es una historia dentro de otra historia: un relato cuyo contenido y mensaje tiene su significado pleno a partir de un relato mayor en el cual se encuentra.

Estos y otros rasgos fácilmente identificables en las pa-rábulas de los evangelios, los encontramos también en las historias que contienen las tres meditaciones de los Ejercicios Espirituales que hemos aludido. Ellas son historias ingeniosa-mente creadas y colocadas estratégicamente en estas tres me-ditaciones clave del proceso espiritual. En estas meditaciones san Ignacio, mediante el uso del género parabólico, lleva al ejercitante, de un modo pedagógico y efectivo, a implicarse en el proceso, ayudándole así a alcanzar el fin que pretenden los Ejercicios.

Precisamente, al igual que las parábolas de los evange-lios no son simples narraciones, producto del ingenio literario de Jesús, sino que forman parte de una pedagogía, tienen un carácter instrumental, con un fin específico, así también las pa-rábulas ignacianas no son fruto de la creatividad literaria de su autor, ni están allí con una función ilustrativa accesoria. Los re-latos de las meditaciones del Rey Eternal, Dos Banderas y Tres Binarios tienen una función concreta e importante, un fin espe-cífico que vale la pena destacar. Son meditaciones colocadas en momentos estratégicos del camino de los Ejercicios.

En efecto, no cabe duda que estas tres meditaciones jun-to con la de "Tres maneras de humildad" forman un bloque unitario y significativo, con una función concreta y necesaria en el proceso de los Ejercicios. Son piezas clave de un conjunto y pasos necesarios de un proceso unificador, transformador y progresivo que, como es típico en la espiritualidad ignaciana, sitúan al ejercitante en la itinerancia de un proceso siempre in-acabado, a caballo entre el realismo de lo ya conquistado y el

idealismo de lo que falta todavía por conquistar¹². Constituyen puntos paradigmáticos del camino que se recorre y sin estas meditaciones se perdería gran parte de la fuerza vital de los Ejercicios y de los frutos que pretenden alcanzar. Por eso, sin detenernos en cada una de dichas parábolas, es importante referirnos al lugar que ocupan en su conjunto, en el texto y en el proceso espiritual que el ejercitante recorre.

Lo primero que debemos señalar es que, no es por azar, que estas meditaciones estén donde se encuentran. San Ignacio ha sido muy cuidadoso en colocarlas en momentos clave y en utilizar un género particular de exposición con el fin de lograr los mayores resultados. Ciertamente la creatividad literaria no es uno de los puntos fuertes de san Ignacio, pero la profunda experiencia espiritual que ha vivido y el ser testigo de esta experiencia en otras personas, despiertan en él una sensibilidad particular para captar los medios que más ayudan en la experiencia de encuentro con Dios, las imágenes y figuras literarias que son más efectivas en esta experiencia. La misma experiencia le ha convertido en un experto en el camino espiritual seguido en los Ejercicios y sabe perfectamente cuáles son los momentos decisivos y qué medios pueden ayudar mejor al que camina por este sendero.

Ubiquémonos en el proceso seguido en los Ejercicios; concretamente en el momento en que aparecen estas meditaciones. El ejercitante ha terminado la Primera Semana con el sentimiento de un profundo agradecimiento a Dios, fruto de una experiencia honda y directa del amor y la misericordia divina, de sentirse pecador perdonado, de descubrirse como criatura frente a su Creador y Señor; y todavía resuena la pregunta clave de "lo que debo hacer por Cristo"¹³. Con este sentimiento inicia la Segunda Semana y se encuentra, como pórtico de entrada, la meditación del Rey Eternal que será una pieza clave

12 Ignacio IGLESIAS; *Los tres binarios de hombres: texto y forma de exposición y reflexión bíblico-teológicas*; Manresa; vol. 58; Madrid, 1986; p. 58.

13 Ejercicios Espirituales, n. 53.

del proceso. En efecto, con la Segunda Semana comenzará la contemplación de los misterios de la vida de Jesús de Nazaret, el Hijo encarnado; y la vida de Jesús es en sí misma un llamado. Por eso, esta meditación marcará la clave de interpretación y la perspectiva desde la que se contemplarán los misterios de la vida de Cristo. A partir de aquí, se desencadenará una dinámica interior de búsqueda y apertura, pero también de resistencias y luchas, al intentar responder concreta y eficazmente a la pregunta de ¿qué debo hacer por Cristo? La respuesta con la que se encontrará será la del seguimiento del Señor. Pero no cualquier seguimiento, sino uno que tendrá unos rasgos particulares y unas exigencias que reclamarán la totalidad de la persona. De ahí que al adentrarse en la contemplación de los misterios de la vida de Cristo, el ejercitante pida insistentemente la gracia del “conocimiento interno para más amarle y seguirle”¹⁴.

Después de la meditación del Rey Eternal vienen las contemplaciones de la encarnación, infancia y vida oculta de Jesús; y en el cuarto día, aparecen dos meditaciones, que no han sido colocadas allí por azar, sino que también tienen una clara función estratégica. Se trata de las meditaciones de Dos Banderas y Tres Binarios; para continuar luego con las contemplaciones de la vida pública de Cristo. De manera que el cuarto día, marcado por la dinámica de estas dos meditaciones, es un peldaño indispensable del proceso: aquí el ejercitante se detiene a hacer un examen interno, a ver de forma desnuda su propia realidad afectiva.

La situación creada en estas tres meditaciones, con la ayuda de los relatos parabólicos, la había vivido el mismo san Ignacio. Él es el primero en vivir la dinámica del proceso de los Ejercicios; y, a partir de su propia experiencia, y con la conciencia de la importancia de estas meditaciones, al crear los textos elige este género literario. A través de estos relatos, el ejercitante es conducido a una reflexión profunda; las historias son presentadas de tal modo que el ejercitante se implica en

¹⁴ Ejercicios Espirituales, n. 104.

la trama, generando un dinamismo que le lleva a tomar decisiones vitales y radicales. De ahí que podamos afirmar que estos textos, estas meditaciones, no sólo son piezas clave del proceso de los Ejercicios, sino que han sido ingeniosamente elaboradas, son auténticas parábolas, verdaderos instrumentos pedagógicos, que ayudan al ejercitante en su camino espiritual, disponiéndole frente a Dios para cumplir la voluntad divina desde una libertad radical y una entrega absoluta en el seguimiento de Cristo.

Las tres parábolas como recurso pedagógico

Las tres meditaciones que venimos mencionando han sido objeto de numerosos y profundos estudios, desde diversas perspectivas y contextos. En ese sentido no pretendo añadir nada nuevo a lo que ya se ha dicho sobre ellas. Pero me parece importante destacar un aspecto que quizás no ha sido suficientemente tomado en cuenta en estos estudios: el uso del género parabólico en los textos de estas meditaciones y su carácter pedagógico. Más allá de la riqueza teológica y espiritual, encontramos en ellas un modo particular de exposición, una metodología adecuada y efectiva. Se trata de meditaciones clave no sólo en el proceso espiritual, sino también en el sistema pedagógico que san Ignacio utiliza en los Ejercicios. De ahí que no es casualidad que estas meditaciones ocupen el lugar en el que se encuentran, ni que hayan sido presentadas de esta manera tan particular, como parábolas.

Los Ejercicios Espirituales tienen un fin específico, una meta a la que se dirige el que se adentra en ellos; y ese fin se alcanza a través de un proceso en el que es indispensable una pedagogía adecuada. Con lo cual, el método juega un papel fundamental en todo el proceso, convirtiéndose él mismo en el instrumento metodológico. Los Ejercicios son entonces un método, un instrumento para..., que se pone en manos del ejercitante con el único propósito de ayudarlo a abrirse a la gracia y a la acción de Dios en él. En este sentido, los Ejercicios ayudan al sujeto a centrarse en esa misteriosa interacción entre Dios y él, en ese punto en que la gracia y la libertad se encuentran y

se funden en una vida y acción común. San Ignacio elude toda disquisición teológica, teórica, acerca de cómo ocurre esto, porque no es ese el objetivo del texto de los Ejercicios; pero parte de la convicción de que Dios toma siempre la iniciativa y busca al ser humano, a quien toca cooperar para que la gracia divina sea efectiva en el sujeto¹⁵.

Así, contando con el auxilio de la iniciativa y gracia divina, los Ejercicios son un método para que la persona se disponga frente a Dios y acoja la salvación que le ofrece. Pero no es un método cualquiera, sino uno que ha sido suficientemente probado y discernido. El mismo san Ignacio, al ser preguntado cómo había hecho los Ejercicios responde que éstos *“no los había hecho todos de una vez, sino que algunas cosas que observaba en su alma y las encontraba útiles, le parecía que podían ser útiles también a otros, y así las ponía por escrito”*¹⁶. Esto nos indica que se trata de un instrumento suficientemente reflexionado, madurado y experimentado. Un método que conlleva una pedagogía que ha resultado efectiva y cuyos frutos los encontramos en el mismo san Ignacio y, de manera indiscutible, en sus primeros compañeros.

En esta pedagogía de los Ejercicios, juega un papel importante el lenguaje, las imágenes y los demás recursos que utiliza. Las parábolas, o los textos parabólicos de las meditaciones mencionadas, son parte fundamental de esta pedagogía. Probablemente el mismo san Ignacio ha vivido e interpretado su experiencia espiritual desde las categorías de estas parábolas; es decir, que a través de ellas ha comprendido mejor lo que le ocurría internamente y ha superado las resistencias y dificultades que lógicamente se le presentaron. Estas meditaciones nacen primariamente de su propia experiencia espiritual y su formulación es concebida desde su contexto particular, desde sus propias categorías de pensamiento.

15 Cf. Ignacio IGLESIAS; *Elementos instrumentales de la experiencia de Ejercicios Ignacianos*; Manresa; Vol. 60; Madrid, 1988; p.236.

16 Autobiografía, n. 99.

Pero esto que encontramos en los Ejercicios no es algo completamente novedoso. Si damos un salto atrás en el tiempo, nos damos cuenta que las parábolas de los evangelios nacen de la realidad misma en la que Jesús vive, de su contexto particular. Es a partir de este mundo simbólico concreto que Jesús compone las parábolas y las utiliza en su predicación; de ahí los efectos que ellas producen. Lo mismo ocurre en el caso de san Ignacio. Las historias que acompañan a estas tres meditaciones nacen de su propio mundo simbólico; por eso no es difícil obtener los resultados que de ellas se esperan.

Y también, al igual que en las parábolas del Nuevo Testamento, la historia narrada en estas meditaciones captan la atención del ejercitante e implican a la totalidad de su persona. Y esto es sumamente importante. Si los Ejercicios pretenden ordenar los afectos y disponer al ejercitante a un encuentro personal y directo con Dios, esto no puede conseguirse, sin que el que vive la experiencia, se involucre total y radicalmente. Todas las dimensiones de la persona humana deben ser afectadas por el dinamismo que se genera en este proceso: la razón, los sentimientos, los afectos, etc. Toda la persona debe involucrarse porque “buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida”¹⁷ es involucrarse dinámicamente en la acción salvadora de Dios. Y la salvación no sólo es algo que sucedió, no es algo estático, sino un acontecimiento que está sucediendo y que involucra a la persona en su totalidad. Dejarse libremente involucrar en este acontecimiento permanente es situarse en disponibilidad, dejarse mover, enviar; es vivir en permanente actitud de ser conducido por la voluntad divina. Generar esta dinámica es lo que pretenden las parábolas que encontramos en las meditaciones que venimos analizando. Una dinámica que coloca al ejercitante en una situación dialéctica y le conduce a hacer opciones vitales y radicales que, a su vez, le sitúan de un modo diferente frente a la historia y a la realidad concreta en la que vive.

17 Ejercicios Espirituales, n. 1.

Los Ejercicios Espirituales desde nuestro universo simbólico

Para terminar, volvamos a situarnos en nuestros “tiempos de cambios”, en el momento histórico que vivimos, con sus cambios profundos y acelerados, con sus cosas que nos desconciertan y nos causan inseguridad, pero también con sus cosas positivas y hermosas, con sus valores y retos. Esta es nuestra realidad y es en ella donde debemos situarnos responsablemente, asumiéndola con una actitud auténticamente cristiana. No somos los únicos ni los primeros que nos toca vivir un cambio de época. Y es más, somos privilegiados. Es una gracia de Dios que hayamos nacido y vivamos en estos tiempos.

Nuestra realidad cuenta, al igual que en tiempos de san Ignacio, con unos valores, unas categorías y todo un universo simbólico que debemos rescatar y con ello propiciar un auténtico y profundo encuentro con el Señor entre las personas. Este universo simbólico y, de modo particular, el papel que juega la imagen hoy, nos facilita la presentación de los Ejercicios Espirituales como un medio actualizado para una profunda y auténtica experiencia espiritual. Porque, seguir presentando los Ejercicios a la manera “clásica” quizás no sea lo más apropiado y efectivo, ya que las imágenes y el lenguaje que contienen el texto de los Ejercicios probablemente no tengan la misma fuerza que tuvieron en el momento en que fueron escritos. Pero podemos rescatar la intuición y genialidad de san Ignacio al proponer a las personas un método que recoja las imágenes y los símbolos que tengan la fuerza capaz de tocar y hacer vibrar las fibras más profundas en las personas hoy. Esa es la tarea, y quizás el reto, que tenemos las personas que, de una o de otra manera, trabajamos con los Ejercicios Espirituales.

No estoy proponiendo nada nuevo. Ya hay experiencias de Ejercicios Espirituales utilizando los recursos de que disponemos hoy. Debemos animarnos a continuar en este camino, buscando acertar en el lenguaje, las imágenes y los recursos que usamos para que los Ejercicios, al igual que en el momento en que nacieron, sean un instrumento eficaz de encuentro con Dios en nuestra realidad actual.